

Gabriel Weisz. *Dioses de la peste. Un estudio sobre literatura y representación*. México: Siglo XXI, 1998, 202 pp.

No es común en nuestro ámbito cultural la inclinación por el quehacer teórico en el campo de la literatura. Podemos traer a colación algún intento de Alfonso Reyes, Paz o Pascual Buxó y alguien más; pero de seguro no serán numerosos, ni se acercarán remotamente a la cantidad de poemarios, primeras novelas o algún tipo híbrido de creación con que se abarrotan las mesas de novedades.

Allá por el siglo XVIII, Alexander Pope, hombre de cuerpo corcovado y versos de simétrica lucidez, hablaba o ponía a circular de nuevo ese lugar común que convierte al crítico en una suerte de autor malogrado. Y lo que le llamaba la atención era precisamente su hibridez genealógica: entes a medio formar que como las mulas de carga no son ni caballos ni asnos. Y un caro amigo de Pope nos legó una utopía de varia invención, cuyo final nos muestra al ingenuo protagonista—que hace honor a su nombre y quien ha sucumbido ante los ideales del racionalismo equino—preferir el olor del establo al del lecho conyugal. Traigo a colación a figuras como Pope y Swift, porque a ellos les tocó vivir un periodo de por sí ambivalente: por un lado, tenemos la meta de los ilustrados que buscaban erradicar la superstición e implantar el paradigma de la razón y el progreso. No olvidemos cuántas veces el ya desaparecido Octavio Paz nos recordó que los países hispanoamericanos no tuvimos siglo XVIII, ese siglo de las luces que un científico-humanista—como Jacob Bronowski—denominó “la edad del disentimiento razonado,” misma que marcó un hito en la tradición intelectual de occidente. Pero también es la época de los excesos: no sólo los sadeanos, los enciclopédicos y de la menipea escatológica swiftiana, la pornografía a la Fanny Hill y los experimentos antinovelescos de Sterne y Diderot, sino de la convergencia del terror gótico y el posrevolucionario, así como la irrupción del irracionalismo político y el psicologizante. O como aforizó Goya: “El sueño de la razón produce monstruos.”

Este largo preámbulo nos acerca hacia las coordenadas entre las que se mueve el libro de Gabriel Weisz. El cuerpo, ya sea como entidad biológica o depósito simbólico del deseo, y su contraparte imaginativa, no tanto el cuerpo de la literatura sino la actividad corporal activada por el proceso de la lectura. Empero a esta actividad, a través de un cruce retórico, se le ve como un movimiento de doble sentido: “Cuando tomamos las premisas de un cuerpo como texto y un texto como cuerpo entramos en la problemática corporal del lector, la forma en que él afecta el texto y cómo el texto influye sobre el cuerpo del lector” (17).

Si la emergencia de la teoría de la recepción implicó en algún momento la posibilidad, hasta ahora apenas realizada, de reescribir la historia de la literatura desde el punto de vista de los consumidores de las obras, aquí se considera un efecto de ida y vuelta entre el cuerpo del lector y la obra. ¿Estamos ante un contra/sentido o ante un procedimiento retórico, que por extensión deviene en quiasmo conceptual? Cabe preguntar de qué tipo de cuerpo estamos hablando, ¿algo natural o un constructo cultural?

Las lecturas que realiza el Dr. Weisz valiéndose de disciplinas tan diversas, como la

etología o la desconstrucción, pasando por el psicoanálisis y la teoría feminista, ¿se pueden hacer extensivas a lectores menos sofisticados? Estas interrogantes saltan a la vista en el proceso mismo de lectura. Pero tal vez nuestro ojo está entrenado, o si se prefiere ha sido condicionado, para hacer resaltar o privilegiar otras cosas. Como el ojo del pornógrafo que, como se demuestra en el capítulo dedicado a la novela de Bataille, *Histoire de l'oeil*, está acostumbrado a percibir a la mujer en términos de masculinidad logocéntrica. Como nos ha reiterado la filosofía de la ciencia, es el punto de vista, a final de cuentas, quien construye al objeto.

No es casual que Siglo XXI Editores sitúe la obra en la serie Lingüística y Teoría Literaria. En su acervo dedicado a la teoría han desfilado clásicos modernos como los *Escritos* de Lacan, *S/Z* o *De la gramatología*. Y es de esta tradición francesa de reflexión de donde provienen la mayor parte de los conceptos de los que se vale el autor: la indeterminación semántica del *pharmakon* platónico a la luz de Derrida; el *kora* kristeviano que nos remite a un espacio primario generativo, a una suerte de masa amorfa previa a la simbolización sónica, o la fase del espejo lacaniano; pero también hay lugar para el *unheimlich* freudiano y la pareja *anima/animus* de Jung que le sirve para acercarse al problema de la androginia.

El enfoque biosemiótico que el libro intenta articular “abarca un espacio donde se articulan el discurso biológico, el lingüístico y el psicológico” (39). Por un lado se trata de rebasar los límites impuestos por el *logos* patriarcal, pero a la vez parece inevitable acercarse a los fenómenos que se examinan como si fueran lenguajes, como hace Lacan con el inconsciente, o circuitos de comunicación. En el capítulo inicial “El cuerpo oculto” se nos presentan diferentes procesos biológicos como si fueran *objetos comunicativos*, como si se tratara de “sistemas de comunicación” (28). Así los síntomas de enfermedad o los ritmos circadianos serían instancias del lenguaje somático.

En estas primeras páginas presenciamos una argumentación que procede a través de saltos conceptuales, de efectos retóricos como la metonimia, que al colocar una cosa al lado de otra produce una sensación de semejanza o afinidad. De esta manera en el capítulo titulado “La sustancia del relato,” uno de los sentidos interiores aristotélicos, la *phantasia*, da paso a una consideración de la narrativa fantástica como la teoriza Todorov, o después de tratar el aspecto de pertenencia implícito en la noción *heimlich* se desemboca hacia la cuestión de territorialidad en alguna especie animal, como la de los primates. Este es uno de los escollos que cualquier intento de conceptualización debe salvar. Recordemos un caso notorio de transposición analógica, que se ha convertido en parte familiar del vocabulario crítico. La pareja de términos *histoire/discours*, acuñada por Benveniste, que en su acepción original recubre el espectro de posibilidades entre la ausencia o presencia de marcas de subjetividad enunciativa, y que con el correr del tiempo se ha convertido en la dicotomía narratológica *historia* y *discurso*. El avance del conocimiento procede a través de estos saltos conceptuales. Tal vez valga la pena recordar que una figura revolucionaria en el desarrollo de la ciencia, como Copérnico, al formular un modelo heliocéntrico del cosmos estuvo influido por el lugar central que ocupa la imagen del sol en los escritos de Ficino.

Tal vez los capítulos que dejan el mejor sabor de boca son los que siguen una estructura expositiva de tipo narrativo, como son los dedicados al esquema mental del cuerpo entre los surrealistas y los dadaístas y a la música del andrógino. Aquí Gabriel Weisz se mueve como pez en el agua, conduciéndonos a una apreciación cabal de los temas tratados. Cada detalle parece estar en el lugar justo, habiendo lugar hasta para una anécdota familiar.

¿Estamos asistiendo a una nueva forma de acercarnos al texto literario, que sirva tanto para enriquecer la vivencia de la lectura y, de manera recíproca, nuestra conciencia del cuerpo? ¿El enfoque biosemiótico aquí esbozado cobrará carta de naturalización en los círculos académicos del próximo siglo o terminará por ser domesticado por el *logos* todopoderoso (herencia del siglo XVIII) con el que el autor parece dialogar y poner en entredicho a lo largo de este texto que a todas luces resulta sumamente interesante? La respuesta tal vez se encuentre en algún relato de ciencia ficción, como con el que concluye *Dioses de la peste*. El futuro nos dirá si la teoría somática que plantea este libro realmente funciona “como un aparato epistémico que dispone del cuerpo como mediador de lecturas críticas” (184), o—una vez disipado el entusiasmo del primer contacto—veamos allí en el cuerpo del texto la impronta inequívoca del nuevo racionalismo teórico francés, que ha dominado los discursos críticos de las últimas décadas.

JORGE ALCÁZAR

Universidad Nacional Autónoma de México